

UN MUNDO PARA LOS HOMBRES LIBRES

por
Washington Lockhart

"El mundo será salvado sólo por los hombres libres; es necesario construir un mundo para los hombres libres". —

G. BERNANOS.

El totalitarismo ha llegado a convertirse en un acontecimiento universal. El tremendo alcance de los medios de que dispone el Estado moderno, convierte su uso y abuso en una facilidad tentadora, a la que apenas si hace falta inventarle el pretexto correspondiente para desencadenarla hasta sus más tenebrosos extremos. Conviene, empero, establecer una importante distinción entre los totalitarismos actualmente en boga: mientras el más llamativo y comentado, el de Rusia, es —o debería ser, de acuerdo a sus previsiones teóricas— accidental y provisorio, en los países de mal fundada "democracia", aparece como un expediente esencial para la conservación del sistema.

Las contradicciones inherentes al capitalismo, requieren, en efecto, una desigualdad entre los hombres y las naciones, que conduce al fascismo, como una conclusión al parecer inevitable. El terror y la guerra, pública o privada, vienen fatalmente a epilogar las peripecias de un consentimiento con el que tarde o temprano dejan de conformarse las clases relegadas.

La confusión empieza cuando se intenta legitimar ese terror totalitario apelando a una "patria" y a una "libertad" a la medida de quienes las gozan, para negárselas a quienes, precisamente, no aspiran a otra cosa que a convertirlas en moneda de realidad. Para esos acaparadores de lemas, todo resistente será un delincuente tácitamente confeso del pecado de totalitarismo. Un odio laborioso se esmerará en inventar mortíferas razones. Nacido del miedo, ese odio ignora que la desgracia busca a quien más le teme y que quien se empecina en odiar será retribuido con largueza.

No atinando a razonar su fragilidad, esa especie de vértigo voluntario buscará protegerse detrás de una vergonzante inquisición; organizará una enconada y mezquina pesquisa de conciencias; clasificará a los ciudadanos en sabuesos y en culpables; un proceso permanente e insidioso será sostenido contra toda oposición que, fiel a su nombre, se niegue a decorar servilmente ese furor totalizador. Los comités anti-totalitarios vienen a ser, en esa infernal tergiversación, la flor suprema de un totalitarismo que se ignora.

* * *

La moral del provecho y de la libre concurrencia, desde que abrió puerta franca a los más inescrupulosos apetitos, habrá ya convertido a los ciudadanos en enemigos potenciales; en vano hubo de adoptarse, a

ejemplo de los EE UU., el expediente de la sonrisa para disimular la ferocidad de esa competencia universal. El uso descarado de ese almiar exterior no hizo más que documentar el desprecio profundo hacia un hombre que necesitaba de esos subterfugios para atenuar su virulencia. Y es que, enfermos de un odio virtualmente ilimitado —en ese imperio de “el único” de Stirner—, descargados, en pleno nihilismo, de toda trascendencia inhibitoria, nadie tiene por qué admitir la categoría humana del adversario; si éste dice “no”, es pues a si mismo a quien se niega, dando una razón suficiente para su condena inapelable.

Lejos de detener al comunismo, ese temor mentiroso le da un justificativo más a su violencia revolucionaria. Rehúsar todo diálogo, proclamar la inevitabilidad de la guerra, es el modo más corruptor de hacerla inevitable. Disfrazar los intereses económicos de una clase con ideales de libertad y de democracia, vocear esa burla soez mediante una propaganda artera y desorbitada, es adelantar el estallido de las bombas nucleares sobre un mundo previamente corrompido por la mentira.

* * *

Pero no hay por qué quejarse: toda sociedad sufre los accidentes que se merece. Hace demasiado tiempo que la ley, copiándose a si misma, se empecina en perpetuar estructuras sociales anacrónicas, esperando inútilmente del azar lo que sus viejas recetas no pueden ya procurarle. Demasiado vinculado a intereses tan inflexibles como exigentes, el poder hace como que ignora —a no ser que lo ignore, sin atenuantes— ese flagrante desencuentro. Limitado a su papel poco decoroso de coche patrullero, sólo atina a correr detrás de acontecimientos, que, extrayendo de si mismos sus razones, siguen sin atender sus inútiles llamados.

La energía malgastada en ciertas actitudes reaccionarias de la hora, mide entonces la incapacidad de asumir los hechos en su más real significado; nuestros políticos no se resignan aún a pensar en que, detrás de los recientes movimientos obreros, haya algún problema más hondo y permanente a resolver, un problema de estructura y de concepción general, para cuya consideración debe pesar muy secundariamente las violencias o las eventuales torpezas en que puedan incurrir los gremios reclamantes. No se quiere entender que si la democracia, negándose a si misma, se empecina en un conservatismo estéril, no puede exigir a las clases postergadas un espíritu de conciliación que, a la postre, viene a redundar, como todos lo saben de antemano, en exclusivo beneficio de quienes tienen virtualmente acaparados los medios más efectivos de persuasión.

En la estrategia de esos conflictos, la libertad sufre avatares cuya valorización no puede basarse en criterios unilaterales. Y es precisamente sobre esos criterios, que intentaremos aquí en forma forzosamente sumaria, aclarar algunos aspectos de intensa actualidad.

* * *

Consideremos por ejemplo —al toro hay que tomarlo por los cuernos— el caso del marxismo. Para el marxismo el valor y la oportunidad de las libertades concedidas obedecen a exigencias sistemáticas propias; reconocerlo así nos impedirá caer en el frecuentado error de enrostrarlo

la violación de ciertos derechos a los que estamos acostumbrados, sin considerar el lugar que ocupan esas violaciones en su concepción general de los procesos históricos. Es precisamente para esclarecer la índole de muchos conflictos actuales que intentamos centrar el tema de estas notas en el significado que corresponde asignarle al marxismo en su relación con la idea de libertad. Y no porque al marxismo deba concedérsele necesariamente un lugar privilegiado, sino en razón de la precisión que —así lo creemos— puede aportar al planteo de los problemas sociales que nos aquejan. Por lo demás, no es nuestra intención oficiar de profetas, ni repartir por anticipado certificados de buena conducta. No es todavía posible, en efecto, determinar si el comunismo ruso puede o no ser una salida viable del impasse en que vive la civilización occidental; pero lo que, eso sí, podemos afirmar, es que, entre cierta demo-plutocracia que pretende convertir ese impasse en una instancia definitiva, y el comunismo ruso, que pretende convertir ese impasse en una escapatoria, sólo éste último, por objetable que sea, nos señala un acceso sugerente a la lógica de la situación actual, proporcionándonos, aún a quienes le oponemos reparos esenciales, una base más abierta y un planteo con más probabilidades para intentar comprender el mundo en que vivimos, así como para influir eficazmente sobre sus factores condicionantes. Entiéndase bien: lo que destacamos aquí es la excelencia del planteo, la elección más acertada de los factores reales con los que el marxismo caracteriza la evolución histórica; esa preferencia no nos compromete de ninguna manera a aceptar ni los desarrollos ni las soluciones que se pretende deducir “científicamente” de los datos fundamentales escogidos.

No ignoramos que instalando nuestro observatorio en el terreno donde hoy se cruzan los fuegos más graneados, incurrimos posiblemente en un exceso de optimismo. Ni siquiera sabemos si nuestras buenas intenciones —y el hecho cada día más meritorio de no usar uniforme— puede servirnos de eficaz salvo conducto. De todos modos, sólo la tierra de nadie parece hoy habitable para quien no se resigna a enrolarse en ejércitos demasiados sacrificados a una disciplina perentoria.

* * *

Demás está decir que no nos resignaremos a encarar ningún planteo en base a dilemas tan demagógicos y simplistas como el de “la libertad contra la dictadura”; porque si, especificando un poco más, alguien enuncia esa oposición como “la libertad de los capitalistas contra la dictadura del proletariado”, el dilema en cuestión empieza a volverse desconcertante. Quienes así pretendan ofrecerle a la propaganda un slogan fácilmente manejable, no conseguirán otra cosa que oponer una confusión a otra confusión.

Por otra parte, tanto los americanos como los rusos pretenden monopolizar el uso de la “palabra” democracia; los rusos, acusando al sistema americano como una explotación del hombre por el hombre y como una carrera suicida en pos del lucro; los americanos, acusando al sistema ruso como una tiranía oligárquica y como un complot infernal contra el individuo.

Sean cuales fueren los resultados alcanzados, el hecho es que todos, liberales o marxistas, se proclaman igualmente amigos de la li-

bertad. El origen de ese primer desentimiento es fácil de localizar; en cada una de esas actitudes se ha aislado y exaltado un factor privilegiado dentro de la estructura total de la persona. Los dos tienen razón, pero la tienen solamente en lo que se proponen; les falta abarcar un extra-radio racional excluido por exigencias de sistema.

El marxismo aparece como una doctrina —o actitud— particularmente difícil de discutir; en primer lugar, porque adopta aspectos diversos según las ocasiones en que fué formulado; las cartas que Marx dirigiera a Engels, por ejemplo, suelen contradecir los alegatos que destinaba a públicos más vastos; de ahí que cada uno de nosotros deba construirse su Marx, del mismo modo que debe construirse su Jesús, o su Platón.

Pero eso sí; si se quiere conocerlo más o menos bien —y este consejo es extensible ante cualquier otra doctrina— una condición es imprescindible: la de encararlo con simpatía metodológica, la de no reincidir en el error generalmente, premeditado, de quienes v. gr. visitaron el paraíso-infierno ruso, impugnando luego esa versión más o menos retocada del marxismo desde el punto de vista liberal. Suelen dichos pseudo-veedores ensañarse al destacar la ausencia de tal o cual libertad específica; es decir que atacan al marxismo por ser marxismo, como compensación quizá de quienes lo atacan por no serlo... Si no nos resolvemos a estudiarlo por dentro, aceptando provisoriamente sus premisas para ver adonde nos conducen, toda actividad crítica se reduce a esa estéril reiteración. En consecuencia, no debemos juzgar al comunismo ruso por sus exorbitancias, sino por sus actividades normales, es decir, por el estilo de vida en que se cumple, así como por las promesas que contiene. En ese enjuiciamiento, tampoco podemos —obvio es decirlo— consultar una serie de mandamientos morales que se han evidenciado, en una amplia medida, cómplices de un sistema basado en la explotación del trabajo. El marxismo ruso, abandonando esas reglas que consideraba hartamente abstractas y acomodaticias, prefirió utilizar, con la dureza consiguiente a los períodos de transición, una moral adecuada a su política. Si queremos juzgar su moral, es pues su política lo que debemos tratar de comprender.

Pero aquí es donde, a fuer de teóricos, tropezamos con una seria dificultad: creo que el marxismo rehuye toda actitud contemplativa, por considerarlas como consecuencia de alguna alienación más o menos inconciente. Para comprender su política, debemos, pues, colocarnos a su nivel, tenemos que convertirnos de espectadores en actores, comprometer nuestra existencia en la acción, degenerando los consabidos velos ideológicos. El marxismo sólo puede atestiguar su solidaridad con la actitud vital que lo define, tomando conciencia de las situaciones que se viven e interviniendo en la revolución que las corrige, es decir: compenetrándose de la necesidad contenida en el presente histórico, hasta ponernos en condiciones de dar el salto a la libertad que prefigura. No hay teoría general que valga. El marxismo es en realidad una teoría que se condena a sí misma en tanto teoría, y cuyo verdadero sentido no puede ser verificado sino mediante su aplicación práctica. El mismo Marx prevenía que él no era "marxista", como no lo son, ciertamente,

quienes se aferran a una escolástica esclerosada y aplican Marx como llave maestra de toda explicación.

Nos asaltan aquí algunas turbadoras interrogantes: ¿cómo justificar la validez de los criterios circunstanciales que se van adoptando?; ¿hasta qué punto esos criterios son independientes de todo valor trascendental? Y además —tremendo “además”— el problema moral que vuelve a hostigarnos frente a tantos extravíos como los que, ante hechos más o menos incontrovertibles, parece fomentar esa posición inmanentista: v. gr., la tendencia, convertida casi en hábito, de usar medidas de violencia, y, en general, los efectos corruptores del poder, en cuyo extremo llegan a manifestarse, inconfundibles, ciertas inclinaciones sádicas liberadas por las facilidades que proporciona esa ética de la improvisación.

Pero no nos apresuremos; limitémonos, por ahora, a subrayar ese carácter fundamental que señaláramos antes: el objetivo supremo perseguido a través de la actitud marxista, es, inequívocamente, la libertad de cuerpo y alma. Y corresponde de paso aclarar, una vez por todas, que, de acuerdo a Marx, el proletario —el hombre, por autonomía— no alcanzará esa libertad, como lo repite una noción vulgar, “teniendo” más, sino, al contrario, superando la categoría del “tener”, obstáculo insalvable para establecer relaciones auténticas entre los hombres.

No cabe, pues, a este respecto, ninguna clase de duda; el ideal que persigue explícitamente el marxismo es el hombre libre, el hombre que desarrolla su personalidad en una sociedad en donde sea posible la reciprocidad, sin trabas de las conciencias. Ya veremos en qué sentido esa pretensión pueda considerarse desmedida.

* * *

La filosofía “liberal” del siglo pasado no se preocupó demasiado por averiguar hasta qué punto eran viables las libertades jurídicas que glorificaba. Adoptada por una burguesía floreciente, dió en predicar un “espiritualismo” y un “idealismo” a la medida de sus conveniencias; ni un paso más allá. Marx, al sacar a plena luz la importancia decisiva de los factores económicos, patentizó la parcialidad de esos ideales, la precariedad de su humanitarismo y de su filantropía compensatoria, con sus hospitales de tardía caridad, y con una religión rebajada a la categoría de soporífero. Esa hipocresía radical engañó a muchos —incluso a los mismos hipócritas— sobre la verdadera naturaleza de las relaciones humanas y del sistema social que usufructuaban. Pero llegó un momento en que la mentira burguesa se hizo demasiado flagrante. Hoy ese fariseísmo engaña solamente a quienes les conviene engañarse. Detrás de la suntuosidad de las fiestas de beneficencia y del culto de un “espíritu” más o menos “puro”, cualquiera advierte el respaldo de rentas tranquilizadoras y de privilegios que buscan así justificarse. Pero por lo menos la hipocresía —como decía La Rochefoucauld— es un homenaje que el vicio rinde a la virtud; la virtud, mientras tanto, mantiene su prestigio y sus probabilidades. El cinismo total que tiende hoy a imperar, las elimina todas; ya no vale casi la pena tomarse el trabajo de disimular.

* * *

Los “principios” liberales sirvieron ya harto tiempo de justificación

para la violencia que todavía los mantiene. Esos conceptos pseudo-democráticos están hoy notoriamente en crisis; han dejado de desempeñar en la realidad el papel que se les sigue asignando oficialmente. Su remoción, empero, es tarea difícil. La historia se repite: cada etapa de la civilización se encierra en una estructura mental que tiene por absoluta e incuestionable, como una premisa definitiva de toda afirmación. Para sus integrantes, esa estructura es la forma misma de su fatalidad, de la que no concibe variantes ni salidas. La "libertad", establecida por la costumbre y administrada por el Estado, va sufriendo así una fijación que la esteriliza. Cada época necesita "sus" libertades, al gusto y conveniencia de sus élites; quien defiende la libertad de hoy, está así cerrándole el paso a las libertades de mañana; ese conservatismo de la libertad consagra en realidad la negación de la libertad como posibilidad de futuro. La libertad del burgués, por ejemplo, se opone a la libertad del político; la libertad abstracta, "para todos", disimula bajo su vacua generalidad, la esclavitud real de los más; al servirle de amparo ideológico al privilegiado, consagra aun más el divorcio de cada miembro con la comunidad. La libertad constitucionalizada se vuelve conservadora; se es liberal "contra" algo, contra los que, precisamente, serán llamados "enemigos de la libertad". La libertad como bandera termina siendo entonces un escarnio del espíritu de libertad, termina convirtiendo la sociedad en un tejido complejo de coacciones y de cobardías.

El capitalismo logró durante mucho tiempo sostener una ilusión colectiva pertinaz: la de creer que la libertad de expresión implica forzosamente la libertad de pensar y hasta la libertad de actuar; como si el hombre pudiera pensar libremente en una sociedad en donde tanto y tan grandes intereses están en juego, intereses que no cesan un momento de acechar todo conato de subversión o de alteración del "orden establecido". La libertad de prensa, en manos de esos intereses, se convierte en una anonadante proveedora de opiniones, en una fábrica de conciencias serviles. La armonía aparente de las "libertades" esconde así una violencia constante; la confianza en la racionalidad espontánea del hombre possibilitó una conculcación radical de derechos teóricamente intocables. Se creía que la justicia, la verdad y la libertad brotarían espontáneamente, pero el juego libre que se permitió, terminó en la más artera de las prepotencias, en la expoliación del trabajo, y en el reinado sin atenuantes del dinero. Los intereses dominantes, entretanto, aprovecharon la ideología al uso como una magnífica coartada, como leyendas burdamente sobrepuestas a sus tenebrosas especulaciones.

* * *

Eliminada cuidadosamente toda evolución realmente liberadora; cercenada su disponibilidad; ¿qué opción se le ofrece concretamente al hombre en nuestros días? ¿para qué se le ofrece esa libertad sin contenido humano inmediato?

El más imperdonable de los crímenes —un verdadero crimen contra la esperanza— fué, en ese sentido, la innoble tarea de aburguesar el alma del proletario, empresa acometida, en un vasto frente, hasta no dejarle otra perspectiva que la que simula abrirse desde el mostrador del quinielero, o a través de un repertorio de placeres inmediatos, es-

trictamente previstos y tarifados. La atomización de la vida moderna, la disociación, en el trabajo y en el goce, de las totalidades concretas de la vida, fué degradando cada vez más sus contenidos axiológicos. La cuantificación general que empezó a imperar sobre las actividades y las cosas, fué separando al obrero de su mundo; el obrero se encontró frente a un universo hostil pero prostituible, un universo cuya imagen trampeada se le ofrecía devolver, pedazo a pedazo —despedazada— mediante el envilecedor expediente del dinero.

El trabajo, convertido en mercancía, objetivado, dejó de ser una auténtica expresión de la personalidad del obrero; las circunstancias reales no podían ser ya asumidas por una espontaneidad creadora capaz de vivir en la riqueza inenunciable del instante. El burgués, acechando ese desaliento, y ansioso de estabilizar el régimen, consiguió hacer creer al desposeído que su penuria era un déficit a cubrir, dinero mediante, con las únicas satisfacciones concebibles dentro de sus pedestres concepciones de la vida; luego de adormecer al proletario en la función, trató de adormecerlo en la comodidad, de convertirlo en una caricatura burguesa, sensata y cotidiana, con sus virtudes cobardes y sus pequeños vicios. Embotada y canalizada la sensibilidad del trabajador, se le ofreció, con los Consejos de Salarios, un atajo en cuya utilización se ratificaba la pérdida de las verdaderas reivindicaciones. El obrero, confiada y pervertida su deseabilidad más noble, convertido en resignado comensal de trastienda, fué incapaz de comprender que la libertad del hombre que ocupa una "posición" suele no estar de acuerdo con la que concebía antes de ocuparla. Esa fué la más indisculpable de las traiciones: la que se propuso convertir la libertad de los pobres en una iniciación a la indolencia menesterosa de los ricos.

La libertad de los ignorantes, agreguemos, tampoco puede convertirse simplemente en un acceso a la cultura burguesa, a la espiritualidad tradicional. Ignorancia y saber, en una sociedad edificada a contrapelo, son dos modos del error. Había que olvidar muchas cosas, hacerse de otra alma; ¡quién sabe!, nadie puede prever qué formas irá adoptando nuestra cultura cuando la conciencia del hombre no está modelada sobre el miedo a los semejantes. Ese hombre que hoy vive sobresaltado por el tintineo de las llaves, ese hombre receloso, ulcerado, miedoso por lo que tiene, o por no tener lo que se le ha hecho creer que necesita, ese hombre aterrado por el hombre, tendrá algún día que estrenar un mundo más amplio y sustancial, inconcebible para la artificial urgencia de sus apetitos actuales.

* * *

Tocamos aquí una de las causas más graves de la crisis que atravesamos: la contradicción entre los ideales aún vigentes y una realidad que los desborda; entre una libertad, una igualdad y una fraternidad engoladamente pregonadas, y una situación de hecho que desautoriza las ilusiones correspondientes. Los "derechos inherentes a la persona humana" han servido, en primerísimo lugar, para enmascarar los más sórdidos intereses; según le convenga, el poderoso los usa o los rehusa; pretextos nunca faltan.

La virtud incontestable del marxismo es haber puesto en evidencia

los condicionamientos económicos de esas superestructuras ideológicas; tarea con la que, en otros planos, colaboró luego Nietzsche, poniendo al descubierto sus condicionamientos psicológicos. Ante la irrealidad evidente de los viejos ideales liberales, esa actitud "realista" era la réplica que correspondía. Sólo que, exagerando su movimiento de reacción, amenaza caer en un nihilismo insolvente; si quiere seguir siendo digno de llamarse "realismo", debe tratar de recuperar un valor afirmativo, una creencia en bienes positivos, una realidad humana que no esté exclusivamente condicionada por las conveniencias circunstanciales. Del mismo modo, la voluntad de poder nietzscheana, aislada del contacto con que su autor garantizaba su nobleza, se convirtió, en manos de sus seguidores más desaprensivos, en un desenfreno mortal para la convivencia humana. La reacción de Nietzsche se justificaba en su hora: las virtudes cristianas, despojadas de su "pathos" esencial, no podían subsistir como ideales enaltecedores; se reducían a cáscaras informes, a facilidades devirilizadoras. El ideal nietzscheano de vida señorial devolvía al hombre, por contraste, una estatura dignificante.

Los ideales liberales triunfantes con la Revolución Francesa, fueron pues, como correspondía, desinflados por abajo. El marxismo-leninismo, consecuente con esa táctica, no trata de "refutar" las teorías en boga; se limita a denunciar su naturaleza espuria, el vicio original que las invalida. Esa actitud, demás está decirlo, dificulta y encona todo posible diálogo; no le es fácil aceptar al anti-comunista de buena fe, que su reflexión sea solamente el fruto podrido de una época de decadencia. Quizá no sea tan difícil rastrear, debajo de esos oposiciones al parecer irreductibles, los malentendidos que las exacerban. Fieles a esa intención, ante la cual sólo hemos intentado hasta ahora desbrozar accesos, seguiremos considerando en próximos artículos otros aspectos importantes en torno a la vida de libertad y al punto de vista del marxismo. Entre ellos: liberación posible del proletario, dictadura del proletariado, la libertad y el materialismo dialéctico (recurriendo aquí a la importante interpretación de Marleaw-Ponty), el escolasticismo marxista, el problema del fin y de los medios, el significado de "El Partido", etc.

Nuestro propósito, con estas notas necesariamente breves, es contribuir a salvar para la discusión aquellos aspectos del marxismo más deformados por las tendenciosas valoraciones usuales. No hay, en consecuencia, motivo para alarmarse, si a veces se cree notar una acentuación de ciertos aspectos que, por contraste con las burdas versiones que suelen prodigar los malintencionados, puede parecer inoportunamente laudatoria. Quien pretenda reflexionar honestamente sobre los problemas de la hora, lejos de formularse los cómodos reparos que aconseja una prudencia oscurantista, debe, por el contrario, buscar, con ocasión de esos reparos, las razones especiosas que los provocan y el dato que con ello agregan para un diagnóstico más ajustado del presente. Si aún así se insiste en seguir llamándole valentía a lo que no cree ser sino simple honestidad intelectual, no se está haciendo otra cosa que agraviar, tácitamente, y antes de tiempo, a quienes de ese modo se les atribuye un género coercitivo de tutela o vigilancia.